

Manifiesto a los trabajadores del mundo entero
**Comité Ejecutivo Internacional de la IV Internacional (Partido de la
Revolución Socialista Mundial)**
Septiembre de 1938

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Manifeste aux travailleurs du monde entier”, en Rodolphe Prager, compilador, *Les congrès de la IV^e Internationale (manifestes, thèses, résolutions). 1. Naissance de la IV^e Internationale (1930-1940)*, Éditions La Brèche, París, 1978, páginas 203-208)

¡Trabajadores, explotados y pueblos coloniales del mundo entero!

La Conferencia de fundación de la IV Internacional (el partido mundial de la revolución socialista), que se ha celebrado en septiembre de 1938, os lanza este llamamiento urgente en estos momentos en que el mayor peligro amenaza a las masas del mundo entero y la causa de su emancipación de la esclavitud moderna. Estamos situados ante los horrores de una nueva guerra imperialista mundial. Creer que la guerra tendrá lugar entre naciones “pacíficas” y naciones “belicosas” es una monstruosa mentira, pues esa guerra es inherente al capitalismo por sí mismo y toda nación capitalista ha iniciado la loca carrera armamentística.

Es una monstruosa mentira decir que la guerra tendrá lugar entre países “democráticos” y países “dictatoriales” ya que las “democracias” ya son aliadas de numerosas dictaduras y, cuando la guerra estalle, sus primeras víctimas serán los derechos y las instituciones democráticas ya ampliamente minadas en los países “pacíficos”.

Es mentira afirmar que la guerra se entablará por la independencia nacional o la libertad de Checoslovaquia. Es un cruel engaño en el que Checoslovaquia ejerce el mismo papel que la “pobre Bélgica”.

Los imperialistas anglo-franceses, que aplastan despiadadamente a los combatientes por la independencia en India, Siria, Túnez, Argelia, Palestina y en todas partes, sólo reconocen su “derecho independiente” a explotar a millones de esclavos a través del mundo.

¡Todas las clases dirigentes de los países capitalistas son unas salteadoras! Su guerra, a pesar de las pretensiones y consignas hipócritas, será una guerra de ladrones. No será una guerra obrera, sino que, por el contrario, los obreros, y en general los explotados, serán sus víctimas. No será una guerra a favor de la democracia, ya que la verdadera democracia para las masas sólo se podrá ganar en la lucha contra la dominación capitalista; e incluso los derechos democráticos de los que todavía gozan las masas sólo podrán preservarse y extenderse gracias a los métodos de la lucha de clases militante, revolucionaria, hacia el socialismo, como el ejemplo de España ha dejado claro.

Esta no será una guerra en interés de los obreros, pues los asaltos contra las conquistas sociales de los obreros franceses en junio de 1936, especialmente la semana de 40 horas, en nombre de la “defensa nacional”, dejan claro que la defensa de los intereses económicos y sociales más elementales de las masas (su pan de todos los días y su libertad) es incompatible con la defensa de la patria burguesa.

Hitler, que ha destruido todas las conquistas sociales de la clase obrera alemana y austriaca, lleva adelante la lucha en nombre del capitalismo alemán contra los intereses de los pueblos de Europa.

Junto a las amenazas de guerra, denunciemos que el enemigo principal permanece en su propio país. La clase obrera no tiene patria que defender excepto la que conquiste y domine. Ningún apoyo ni a los instigadores de guerra ni a las guerras imperialistas, ese es nuestro grito de guerra. ¡Continuación de la lucha de clases en todas las situaciones y utilización de la crisis de guerra para el derrocamiento de la dominación capitalista, es decir de la guerra y del mismo capitalismo!

El mundo capitalista está herido de muerte. En su agonía, exhala los venenos del fascismo y de la guerra totalitaria, que amenaza con reducir en todas partes a los obreros y campesinos a una nueva y horrible servidumbre y desencadenar las fuerzas de destrucción que arrasarán toda la civilización moderna.

En el medio de la abundancia y con un aparato de producción que, bien dirigido y organizado, podría cubrir sobradamente todas las necesidades actuales de la humanidad, el capitalismo condena a millones de hombres al paro, a miserables ayudas sociales o al hambre.

La clase dirigente, que sacudió anteriormente las cadenas del feudalismo en nombre de la democracia y la igualdad, combina ahora las más sombrías fuerzas de la reacción y los más abyectos elementos de los bajos fondos de la sociedad, para abolir todos los derechos democráticos conquistados a costa de la sangre del pueblo. Con el puñal y el látigo fascista quiere preservar su soberanía que todavía sobrevive a la victoria inexorable del socialismo.

El capitalismo es tan completamente incapaz de asegurar la prosperidad de las masas como de asegurar la paz. Desde la última “guerra que acabaría con todas las guerras” ha pasado menos de una generación y ya nos encontramos a las puertas de una nueva guerra mundial, infinitamente más espantosa que la precedente.

Una vez más se llama a los explotados a masacrarse mutuamente por sus respectivos amos imperialistas. Una vez más, las madres del pueblo son llamadas a hacer el papel de productoras de carne de cañón. Una vez más se hará de los campos y de las sangrientas trincheras y ciudades, tumbas devastadas para que los imperialistas preserven sus beneficios y sus colonias o adquieran nuevas.

El capitalismo ha quebrado. Sus relaciones sociales y sus límites nacionales estrangulan el desarrollo económico y social del hombre. Está más que maduro para la reorganización socialista. Su existencia prolongada no puede más que aumentar la miseria y el horror sin fin.

La humanidad sólo puede ser salvada de la nueva barbarie que la amenaza bajo la dirección de la clase obrera revolucionaria, campeona histórica y aliada de los campesinos sin tierra o abrumados bajo el peso de las deudas, y de los millones de esclavos coloniales negros, morenos y amarillos.

Pero hoy en día, la mayor tragedia del proletariado radica en el hecho que frenos paralizantes le impiden realizar su misión emancipadora, frenos menos potentes que los del mismo capitalismo, pero más sutil e insidiosamente fabricados y gracias a los cuales los partidos tradicionales del trabajo, la II y la III Internacional, lo han atado de pies y manos.

Los jefes de la II Internacional actúan como los agentes directos del imperialismo “democrático”, ayudándolo a atenuar los choques de la lucha de clases y esperando así preservar su posición en la declinante democracia capitalista. Los de la III Internacional, traicionando todos sus principios e ideales tradicionales, han sido convertidos en instrumentos de la burocracia soviética. Las dos viejas internacionales

difieren ahora sobre todo en la medida en que difieren la burguesía anglo-franco-norteamericana y la camarilla estalinista dirigente.

En lugar de enviar el cadáver putrefacto del capitalismo al limbo de la historia, la socialdemocracia y el estalinismo se unen para cubrirlo de revoco y preservarlo. Hace ya mucho tiempo que han abandonado la lucha de clases. Ambos concentran todos sus esfuerzos en arrastrar a la clase obrera a servir al capitalismo, en nombre de una “democracia” y de un frente popular maquillados, en lugar de destruir al monstruo. Apoyan la dominación de los pueblos coloniales por sus respectivos imperialismos y ofrecen su ayuda militar con el mismo objetivo.

De las viejas internacionales, ni una ni otra han sido capaces de organizar la resistencia proletaria al fascismo, en Alemania o en Austria. Incluso en España, donde el proletariado, al lado del cual nos mantenemos firmemente y con entusiasmo, ha demostrado su capacidad para luchar efectivamente contra la bestia fascista, los viejos partidos han minado su resistencia y han exterminado brutalmente a las fuerzas revolucionarias en la retaguardia de su propio frente, actuando como los agentes del imperialismo anglo-francés y de la burocracia de Moscú.

En realidad, abandonando la vigilancia de clase de los obreros, abandonando la independencia del movimiento obrero y subordinándolo a la burguesía “democrática”, han facilitado la victoria del fascismo, cuyo objetivo, que es aplastar al proletariado como movimiento independiente y como clase, es parcialmente alcanzado previamente por las viejas internacionales.

No menos traidor es el papel ejercido por la socialdemocracia y el estalinismo frente al peligro de guerra inminente. Más cínicamente que la II Internacional antes de la última guerra, cuando al menos adoptaba formalmente una posición antibelicista, las dos internacionales reclaman ahora la responsabilidad de conducir a las masas a la carnicería.

No tienen ni el deseo ni la posibilidad de organizar la lucha contra la guerra imperialista que se aproxima. Todo lo contrario, completamente corrompidos por el socialpatriotismo y enarbolando la bandera pirata del imperialismo “democrático”, los socialpatriotas ya actúan como sargentos reclutadores del imperialismo.

El papel que ejercen en la defensa de la URSS es también igualmente de pérfido. No defienden la gran revolución rusa, sino a la burocracia reaccionaria usurpadora. No ponen las bases de la sociedad socialista; minan los cimientos construidos por las masas rusas hace 20 años bajo la dirección de los bolcheviques.

Nosotros, la IV Internacional, leales defensores de la URSS contra todos sus enemigos, de dentro y de fuera, acusamos al estalinismo de haber sometido la vida económica del país a los intereses de la camarilla burocrática de la cúspide. Partidarios de la verdadera democracia proletaria, acusamos al estalinismo de haber privado a las masas soviéticas de todas las grandes libertades conquistadas con las armas en la mano.

La burocracia reaccionaria ha establecido en la URSS un régimen totalitario odioso gracias a un régimen sangriento de terror continuado, completado por los ataques de hampones contra los revolucionarios en el extranjero y la corrupción del movimiento obrero e intelectual. Este régimen desacredita el nombre del socialismo. Los pretendidos partidos comunistas no son otra cosa que agencias sobornadas por este régimen totalitario, cuyo único objetivo mundial es el mantenimiento del *statu quo* imperialista. La II Internacional difiere del estalinismo solamente por sus críticas puramente verbales y superficiales. El bonapartismo mina la revolución bolchevique.

El proletariado mundial no puede avanzar sin romper las cadenas que de nuevo lo atan a las viejas internacionales y a su política. El anarquismo, que demostró en España ser prisionero de su propia doctrina y que capituló frente a la burguesía en

nombre del Frente Popular, no puede llegar a realizar esa ruptura. Igual de inútiles son los pequeños grupos centristas, unidos en el Buró de Londres, que se niegan a romper claramente con las viejas internacionales, tomando el camino de una lucha de clases consecuente, hacia el socialismo internacional revolucionario.

Los explotados de todo el mundo solamente pueden librarse del estancamiento y la derrota, y marchar adelante como sólida falange del futuro socialista, haciendo vivir las grandes tradiciones del marxismo revolucionario, rompiendo con la colaboración de clases, el socialpatriotismo y los curas de la sumisión en el movimiento obrero, y tomando el camino de una lucha de clases resueltamente agresiva, lanzando el asalto contra la fortaleza del capitalismo con las armas invencibles forjadas por nuestros grandes maestros, Marx y Engels, Lenin y Trotsky.

¡Esa es la ruta de la IV Internacional! Se sostiene sobre los fundamentos inquebrantables de los principios del marxismo-leninismo revolucionario. Se proclama orgullosamente la heredera y continuadora de la I Internacional de Marx, de la revolución rusa y de la Internacional Comunista de Lenin.

La IV Internacional no oculta sus objetivos. Su programa es conocido por la clase obrera. Es el programa de la oposición irreconciliable y de la lucha contra la injusticia, contra la explotación, contra la opresión.

En el actual período crucial (período de crisis vital para la clase obrera y la humanidad entera) la IV Internacional lanza, por encima de todo, un llamamiento a los obreros y a los pueblos oprimidos del mundo entero.

Especialmente a los obreros franceses y alemanes, que están amenazados por la destrucción mutua en interés del imperialismo, les decimos: odiáis al verdugo Hitler como el proletariado de todas partes. Como vosotros, estamos determinados a derrotar al fascismo y a todas las dominaciones opresivas.

Pero el fascismo no puede ser, y no será derrotado, por las bayonetas del imperialismo francés. Sólo la acción de clase independiente del proletariado pondrá fin a la odiosa dominación del fascismo.

Uníos en la lucha de clases sin respiro contra el fascismo y la guerra imperialista.

Uníos por la libertad de los pueblos coloniales, contra la tiranía de la dominación imperialista.

Uníos en la única guerra justa y sagrada, la guerra contra los opresores, contra los explotadores, contra sus pérfidos agentes en el movimiento obrero.

¡Viva la IV Internacional!

¡Viva la revolución socialista internacional!

Comité Ejecutivo Internacional de la IV Internacional
(*Partido Mundial de la Revolución Socialista*)

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es